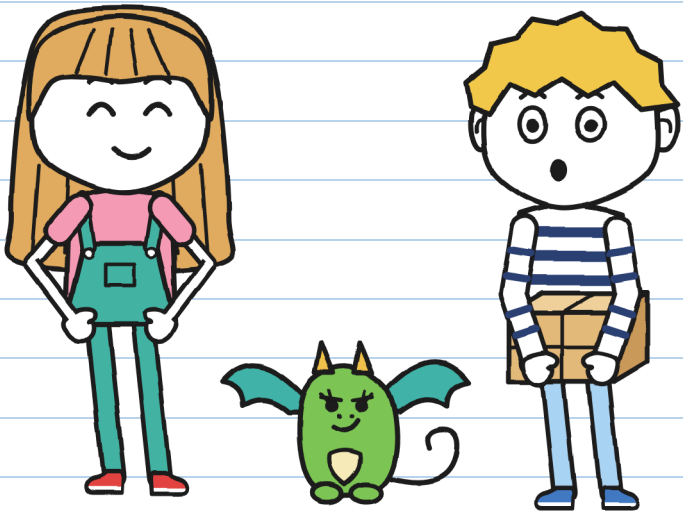
ENTREGAS IMPOSIBLES · 1

Este paquete muerde

Lui Eriksson



(el cuaderno de Guni)

TALLA L
Nivel avanzado · 11+

ENTREGAS IMPOSIBLES · 1

Este paquete muerde

Texto e ilustraciones: Lui Eriksson

TALLA L · Nivel avanzado · 11+

Versión en español de México: LinguAula

Primera edición: 2026

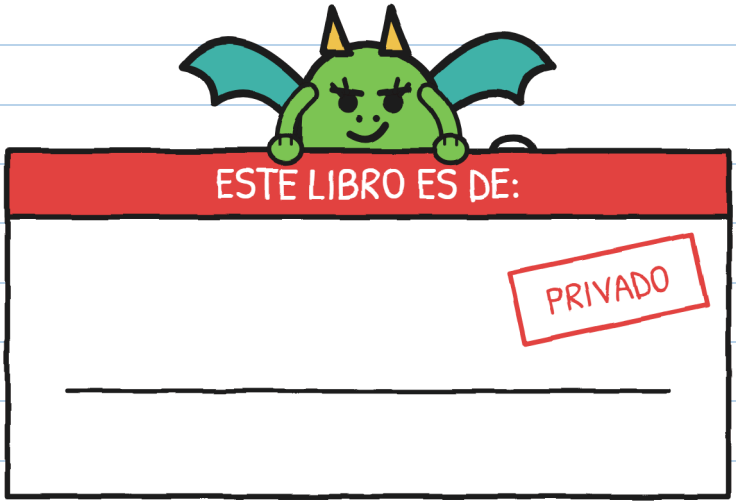
© 2026 Lui Eriksson · info@linguaula.com

Fotocopiable libremente, para clase y para casa.

LinguAula

Trabaja cada capítulo en linguaula.com

Ningún paquete resultó herido durante la escritura de este libro. Casi ninguno. —J.

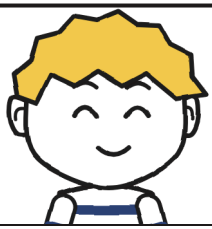


Y de nadie más. —J.

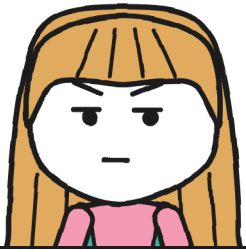
Si lo encuentras, devuélvelo antes del amanecer.

Miga muerde porque vive en un cuento. Con un animal de verdad, mira la página 76. —J.

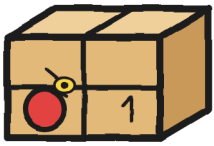
QUIÉN ES QUIÉN



Guni. El nuevo del barrio. Repartidor profesional (más o menos). Este cuaderno es suyo.



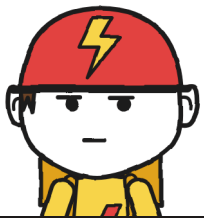
Julita. Escribe en verde, y lo que escribe en verde no se borra.



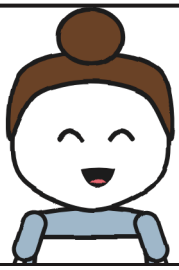
Paquete n.º 1. Destino: la Casa de los Dragones. Instrucciones: mantener caliente.



Mara. La dueña de Entregas Imposibles. Tiene una sola regla.



Toño. Repartidor de RAYO. Reparte rapidísimo cosas aburridísimas.



Elia. La panadera. Por su rejilla sale el aire caliente del horno.

CUADERNO DE REPARTO
de Guni

PRIVADO.

«Privado» significa que lo leo yo primero. —].



Este cuaderno salió de la caja 14 de la mudanza. La caja decía COCINA con muchísima seguridad, pero dentro no había ni una triste cuchara: solo este cuaderno, un calcetín sin pareja y una rana de goma que no es de nadie.

CAPÍTULO 1

El que no se puede

Llevo cuatro días en el barrio y, de momento, me sé exactamente una calle. Entera, eso sí.

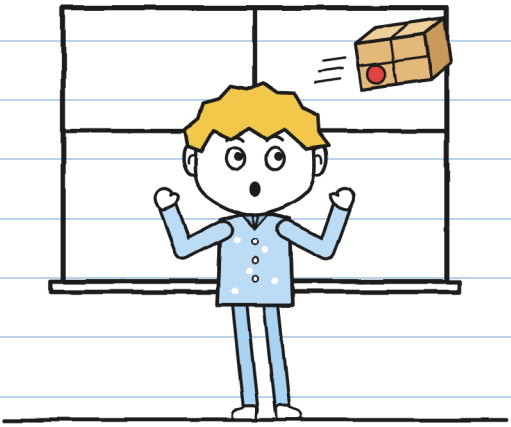


Mi plan para hacer un amigo:

1. Decir hola.
2. Decir algo interesante.
3. ???

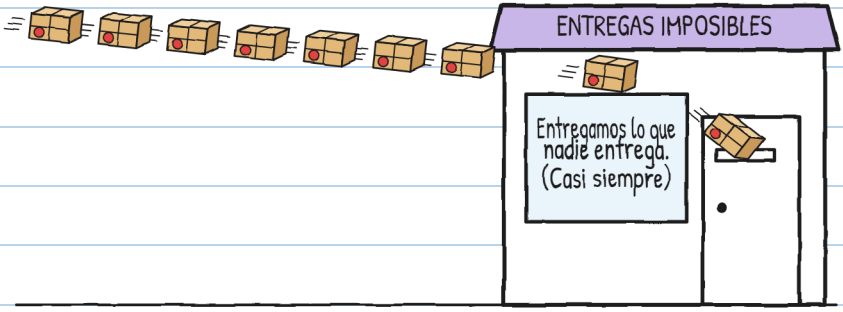
Me atasqué en el 2; del 3, ni idea.

Esta mañana me despertó algo que pasó volando por delante de mi ventana, que no es la clase de cosa que suele pasar en mi calle. O eso creía yo.



Era un paquete.

Luego pasó otro, y otro más: nueve paquetes en fila, como patos, que cruzaron la calle y se colaron por el buzón de la tienda de enfrente. (Los otros once, según supe luego, habían vuelto antes, mientras yo dormía a pierna suelta.)

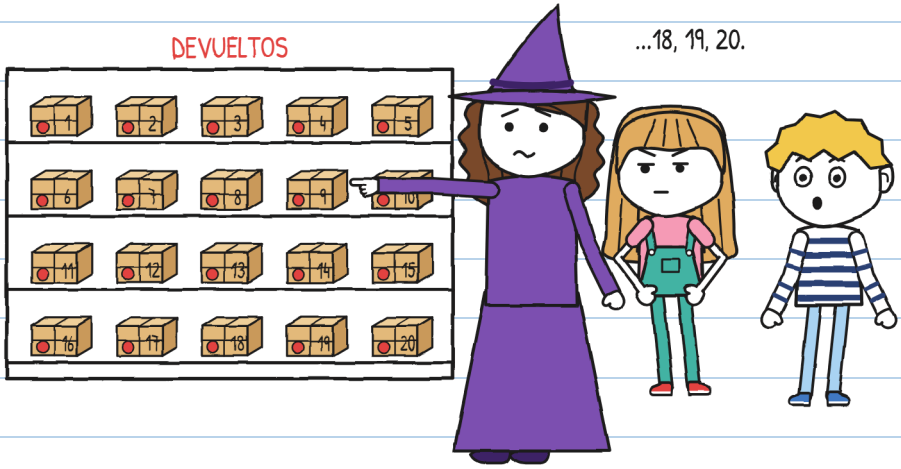


Ya tenía el punto 2: «Vi paquetes volando».

Eso no es interesante. Pasa muchísimo.

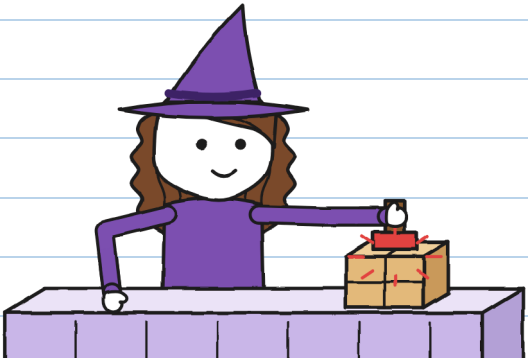
Esa nota la escribió Julita, a quien conocí esta misma mañana en la tienda de enfrente. Escribe en verde, y lo que escribe en verde no se borra: lo probé.

Me puse el suéter de rayas encima del pijama y crucé la calle antes de que se me ocurriera una buena razón para no hacerlo.

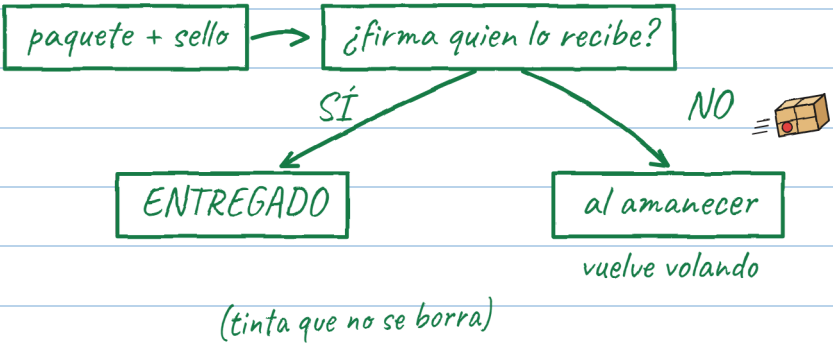


—Volvieron todos —suspiró la bruja—. Otra vez.

La bruja se llama Mara y tiene una tienda de repartos imposibles, además de un sello que brilla como si se hubiera tragado un foco.



Julita me lo explicó en mi propio cuaderno, sin molestarse en pedirme permiso:



Así ningún paquete se pierde. Ni se entrega.

Los de la estantería son los devueltos: veinte paquetes que nadie ha logrado entregar nunca y que, para colmo, manda siempre la misma persona.

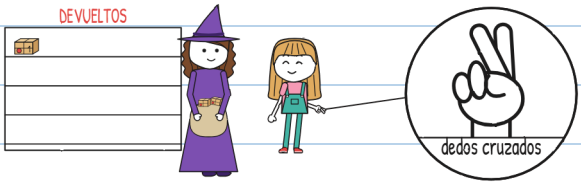
DESTINO: ...
REMITENTE: R.

—¿Quién es R.? —pregunté.
—Alguien con muy mala letra —dijo Mara, y nada más.

Metió diecinueve devueltos en un saco: esa noche iba a llevar un piano a un faro y, de paso, a intentarlo otra vez con todos; volvería al amanecer. Solo quedó uno.

—Ese no se puede —advirtió Mara—. Una sola regla: NO TOQUEN LA ESTANTERÍA.

—Claro —aseguró Julita.



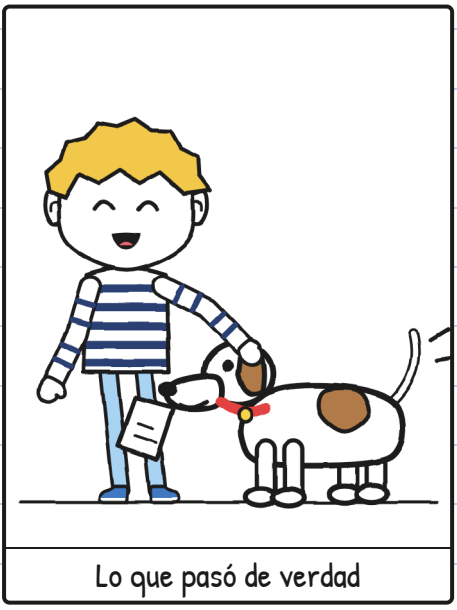
En cuanto se cerró la puerta, Julita me miró de arriba abajo, como quien mide un paquete antes de aceptarlo.
—¿Tú sabes repartir?

Y yo respondí lo que responde cualquiera que tenga ganas de hacer un amigo:

—Sí. En mi antiguo barrio era repartidor profesional.



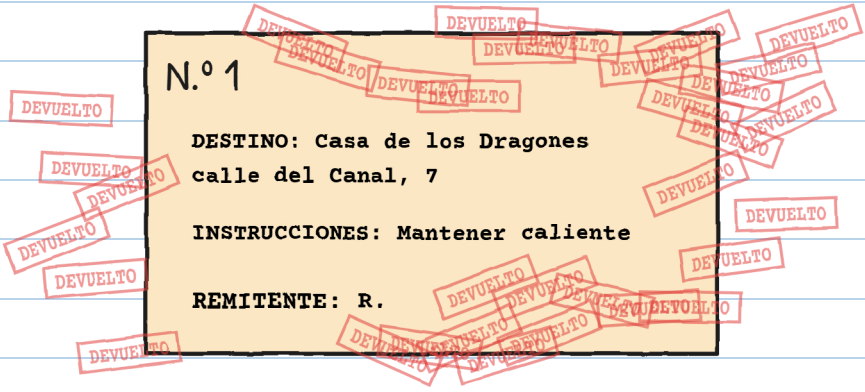
Lo que dije



Lo que pasó de verdad

Profesional de perros.

Julita sacó el único paquete que quedaba: el n.º 1, el que no se puede. Le temblaban un poco las manos; a mí también, aunque yo lo disimulaba mejor: solo me delataba el suéter, que me había puesto al revés.

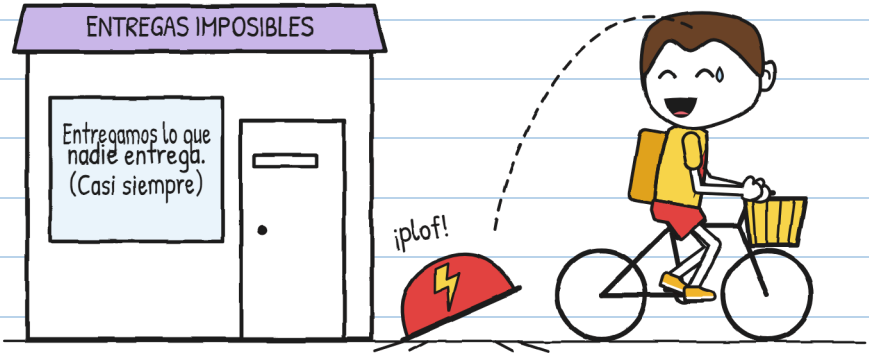


—Si lo entregamos antes del amanecer —razonó Julita—, Mara verá por fin que puedo repartir los devueltos.

—¿Y si no?
—Si no, vuelve solo y aquí no ha pasado nada.

Me pareció un plan impecable, sin un solo cabo suelto. Todavía no sabía lo que había dentro.

Sonó el timbre de una bici y, al otro lado del aparador, apareció un chico con casco y una mochila amarilla que anunciaba a gritos: ENVÍOS RAYO. EN DIEZ MINUTOS O GRATIS.

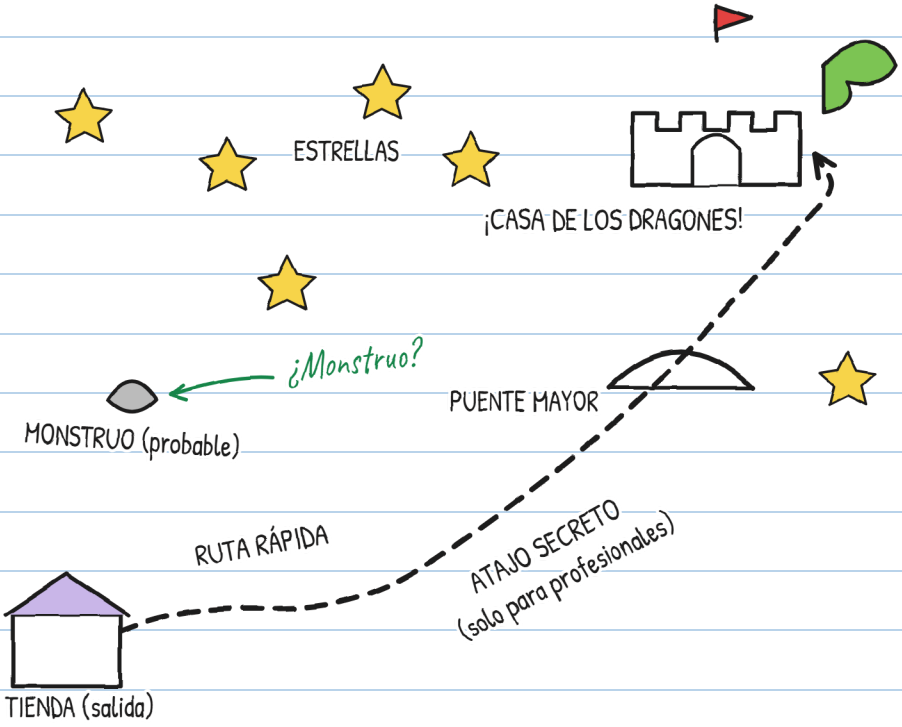


—¿Entregas Imposibles? —se burló—. Imposible que entreguen nada.

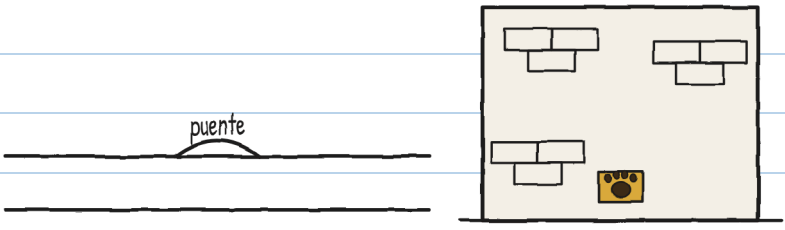
Toño. Reparte rapidísimo cosas aburridísimas.

—Pues hoy entregamos esto —replicó Julita, muy digna. Toño leyó «Casa de los Dragones» y se rio con tantas ganas que se le cayó el casco.

Hice un plano de entrega, porque los repartidores profesionales hacen planos, y yo era uno desde esta misma mañana.



Las estrellas no están en el camino.



calle del Canal, 7

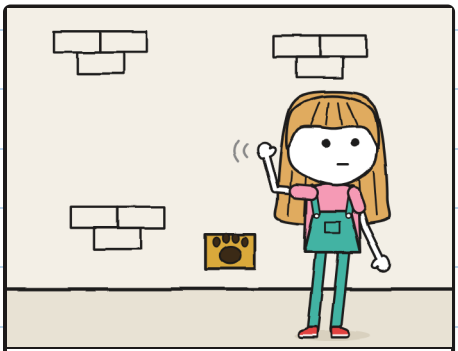
La calle del Canal, 7, no era una casa. Era una pared.

Una pared lisa, sin puertas ni ventanas, de esas en las que hasta una mosca resbalaría. Lo único que tenía, muy abajo, casi a ras de suelo, era una placa de latón con un hueco de forma rara: a la altura justa de algo muy pequeño.

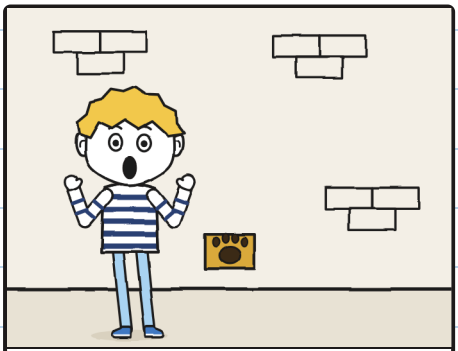

placa de latón

—A lo mejor es un buzón —sugerí. El paquete no cabía ni de canto.

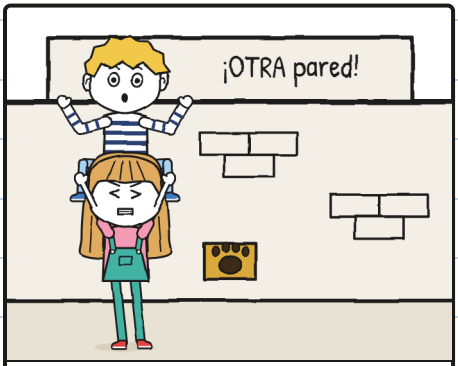
Probamos todo lo que se prueba con una pared:



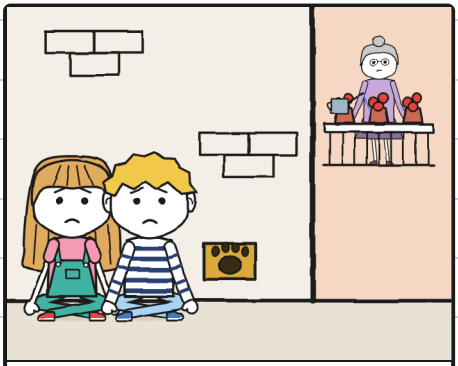
Llamar



Gritar



Mirar por encima



Rendirse

Desde el balcón de la casa de al lado, una señora que regaba sus geranios nos observaba con cara de haberlo visto ya mil veces.

—Ese paquete lleva años viniendo —comentó—. Siempre se va igual que viene.

Hacía un frío de los que se te meten por las mangas, y Julita volvió a leer la etiqueta.
—«Mantener caliente» —dijo—. Y lleva años en una estantería helada.

Yo soy nuevo, y los nuevos todavía nos tomamos las instrucciones al pie de la letra: si algo pone «mantener caliente», lo mantengo caliente.

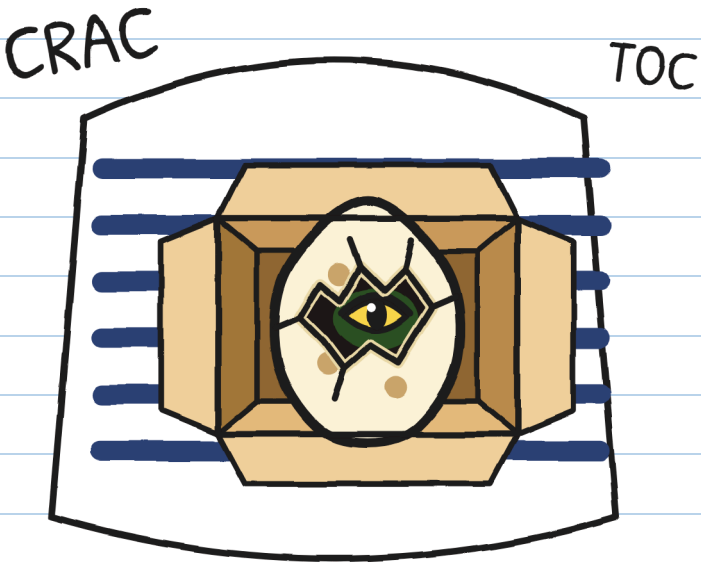
Me metí el paquete debajo del suéter, volvimos a cruzar el Puente Mayor y me senté en la rejilla de la panadería de Elia, por donde sale el aire caliente del horno.



Pareces un buzón embarazado.

Estuvimos así un buen rato, envueltos en un olor a pan capaz de hacerle rugir la panza a cualquiera, mientras yo empezaba a sudar. Entonces algo me dio un golpecito en la barriga: TOC.

—¿Eso fue tu panza? —preguntó Julita, arqueando una ceja.
—Mi panza no hace TOC.



Y el paquete me miró.

UNA HISTORIA, SEIS TALLAS

Hay seis tallas, de 3 a 16 años, y más de 20 lenguas. XXS, XS, S, M y L tienen las mismas páginas y los mismos dibujos. La XL es una novela. Solo cambia cómo se cuenta.

TALLA XXS · PRE-A1
¡ACHÚ, EL DRAGÓN ESTORNUDA UNA LLAMITA!

TALLA XS · A1
Yo estornudé normal. Ella estornudó una llamita. La llamita quemó una esquina de la etiqueta.

TALLA S · A2
Yo estornudé normal. Ella estornudó una llamita. La llamita quemó una esquina de la etiqueta. Después, la cría se comió esa esquina.

TALLA M · B1
Yo estornudé normal, pero ella estornudó una llamita que quemó la esquina de la etiqueta. Luego se comió la esquina quemada.

TALLA L · B2
Yo estornudé normal; ella, en cambio, estornudó una llamita que chamuscó la esquina de la etiqueta y, luego, tan tranquila, se comió la esquina chamuscada.

TALLA XL · B2-C1
Novela ilustrada · 13+

Niveles del MCER orientativos, para quien aprende español.

Cada uno en su talla. Misma historia. —J.

Trabaja cada capítulo en linguaula.com